

## EL CABAÑAL.

## CUADRO 1.º

**M**OMENTOS hay en que si reflexionamos acerca del curso que ha seguido un acontecimiento cualquiera, piérdese la imaginación en un laberinto de conjeturas. Al considerar que la marcha de los sucesos tiene siempre sus períodos que, semejantes á la máquina de un reloj, caminan á compás sin servir de obstáculo al equilibrio que regula sus movimientos, nos sorprende y nos admira esta misma regularidad; pero investigando al mismo tiempo si la mano del hombre ha contribuido en precipitarlos en alguna ocasion dada, tocando inoportunamente el eje sobre que giraba tan complicada obra, no hay duda que esto por una parte prueba la fragilidad humana, mientras que por otra revela ese deseo de investigación que se apodera de nosotros. Porque pedir cuenta al tiempo de lo que fue obra del lento trascurso de los tiempos, es una exigencia no muy justa, mientras que analizar con la mayor detención posible cuanto ha dado márgen para el cambio de estos mismos acaecimientos, es empresa laudable, si se consigue demostrar con vivos y palpantes ejemplos el sinnúmero de consecuencias que cada uno de estos hechos arroja de por sí. A este propósito dedicamos hoy unas cuantas páginas, por ver si nos es dado apreciar en su justo valor las exageradas pretensiones de los que en su entusiasmo loco nos pintan el Cabañal como el único paraíso de la tierra, curando al mismo tiempo de la fatiga y el cansancio á ciertos otros que en un raptó de mal humor lo consideran como el sepulcro de las ilusiones, olvidando ambos á dos que para darse una razón concluyente, les es indispensable descifrar las tres palabras de que consta el enigma *pasó la época*.

No, empero, se crea intentamos bosquejar este cuadro con opaco colorido, porque sería necia arrogancia interponer una palanca débil y quebradiza para remover un peso extraordinario, que al desplomarse rompería la mano del que hubiera tenido tamaña osadía; sobra para llenar nuestro cometido presentar escenas de marcada claridad y ligereza, pero que reflejen al mismo tiempo el colorido del cuadro.

— ¿Qué es hoy el Cabañal? nos pregunta con tono enfático un D. Liborio, antigualla permanente, y palpitante representación de esa escuela vieja que nada encuentra bueno sino lo suyo. ¿Qué goces, qué placeres se disfrutaban? ¿Qué partido se saca de esa diversion cuya fama ha llegado hasta el último confín de la Península? ¿Cómo han pasado aquellos días venturosos, en que desconociéndose las palabras *tuyo* y *mío*, la multitud que de todas partes afluí, ébria de nuevas sensaciones, se precipitaba y confundía, en busca siempre de ese mas allá que endulza y cicatriza las llagas de un corazón doliente? ¡Ay! continúa exhalando un suspiro; aquella época ha desaparecido de los fastos del público; ¿y por qué? por ese prurito de innovación, por esa juventud venida para destruir nuestras creencias, relegando al olvido hasta el último recuerdo que conservábamos, como la muger de mundo guarda ileso en la memoria el premio de su primer favor. ¡Siempre esa juventud con mentidas palabras que han causado una revolución que arrastra todo lo grande en pos de ella, entu-

siasta y con fe ciega en el porvenir!... Todo porque entonces no se conocia en el libro del mundo la palabra civilizacion.... Y sin embargo aquella época era feliz, y el hombre moria penando para curar su agonía con la sola idea de que se acercaba la temporada del Cabañal, al paso que ahora dilata mas esa agonía para enterrar con ella hasta las mas gratas ilusiones que alimentan su existencia.

Así razona este personaje al ver destruido ya el último resto de esperanza, y sufre y padece, y se resigna cuando el pasado ya no vuelve, como sufre, padece y se conforta el reo al pisar los escalones del suplicio, si en aquel momento cruza por su mente un goce de su infancia, y es llegada la hora que ni puede acariciarle por un momento. No obstante este hombre, caduco por querer filosofar, se contradice despues en presencia de esa juventud que ha ultrajado. ¡Ah! ¡Cuán cierto es que las cuerdas que dan movimiento al corazon humano en la infancia, son las mismas que en el último período de la vida producen idénticas sensaciones, á la manera que en un instrumento suenan con igual armónico sonido los puntos, ora graves, ora agudos, que un hábil tañedor confunde en los momentos de inspiracion!

— Entonces, continúa, una generacion nueva, norte de alegría, invadia aquel sitio delicioso. Dos meses antes no quedaba ni una sola barraca desalquilada: las familias se preparaban para esta expedicion veraniega, acarreando toda clase de comestibles para obsequiar á los amigos de casa, si no les era dable trasladarse allí por razon de sus permanentes ocupaciones de la capital. Todo era movimiento, agitacion y vida. Las músicas, los bailes, la zambra y algarazara se repetian sin cesar: las noches eran en aquella época esos dias de agradables sensaciones en que el hombre respira con libertad despues de las amargas horas del dolor, y los dias el consuelo que brinda esa soñolencia dulce y vivificadora. Y todo porque la moda no se habia proclamado señora del mundo, ni conocíamos esas calificaciones odiosas que han inventado los partidos, ni el movimiento de reforma que ahora se siente era una necesidad. Por eso se confundian las clases, y semejante mezcla ofrecia un conjunto agradable, alma y pensamiento de la fiesta.

Tal razonamiento ensarta D. Liborio, y á su recuerdo, henchido el corazon de esa alegría infantil que sienten los muchachos cuando un padre bondadoso les cuelga al cinto un adorno militar, vive y se cree el hombre mas feliz de la tierra, porque ha justificado con abundante copia de razones, que el Cabañal era en su tiempo un hermoso y variado panorama. Y tal parece á primer golpe de vista, si aquellas gratas ilusiones que mecieron su pensamiento, no se hubieran disipado como el humo. ¡Desgraciado el hombre, que para vivir un dia tiene que apelar á diez años de recuerdos! ¿Cuál es ahora el motivo por qué se esplica así? Preciso es confesarlo, el aburrimiento que empieza á reinar como dueño de su corazon; tributo que todos pagamos al terminar esta larga peregrinacion sobre la tierra. No de otra manera se concibe ese afan de no encontrar nada bueno, fuera de aquello que él ha tenido como mas de su voluntad y gusto.

Ciertamente creará cualquiera al leer esta descripcion, que mas que libertad se gozaba de una licencia ilimitada, cosa que estamos muy lejos de creer, sobre todo en una época tan patriarcal como nos pintan: de otra suerte no saldrían muy bien parados en su lógico razonamiento.

Cuando nos pintan, por egemplo, que las noches se pasaban en una con-

tinua serenata, nos suponen un fiel trasunto de aquella época fecunda en trovadores, en que las hermosas oían de detrás de una celosía los acordes ecos del laúd, y burlaban la vigilancia de una dueña para gozar entre el perfume de las flores y el murmullo de la brisa las caricias de un amor tierno. Pero olvidan que estos tiempos pasaron, y en el día no son las dueñas las encargadas de velar por las hijas, sino esas madres celosas, que en todas partes son el centinela avanzado de su honra, y suelen andar de puntillas por la casa cuando empieza para sus hijas la época de los galanteos, con la sana intencion de romperles un billete amoroso, ó sorprenderlas en alguna cita, ó interpelar al D. Fulano acerca de la rectitud de sus intenciones. Y como entonces y ahora dicen hombres entendidos en achaque de diversiones, que una fiesta sin hermosas es como el canto sin armonía, conoce el lector no debian sacar todo el jugo que necesita el corazon para espansirse y llenar sus vacíos, á menos que su lema fuese el de aquel jugador de pelota, que habiéndole hundido un ojo su contrario de un pelotazo, despues de perder seis partidas, exclamó: *cada uno se divierte con lo que se divierte*. Argumento que convence á cualquiera, menos á quien despues de soplar toda una noche á guisa de fuelle, se va á dormir contento.

Si esto dice D. Liborio, lo contrario supone Arturo, tipo de esas almas livianamente susceptibles que se doblegan bajo cualquiera impresion; y que así como una coqueta elige primero los amantes para presentarse en sociedad, ellos buscan aquellas ilusiones que mas pronto han de ver desvanecidas. Éstos por lo regular suelen llevar muy amargos desengaños, y que á ser cierto lo que suponen, años há deberian haber bajado al sepulcro en medio del mayor desconsuelo. Con efecto, una ilusion desvanecida es broma asáz pesada para que el hombre no tome una venganza sangrienta, y esprima gota á gota todo el veneno que encierra en su interior, ya que es recurso, si bien vulgar, al menos confortativo. Por eso no es extraño se les oiga de continuo renegar aun de las mas inocentes distracciones, porque su vida es un sueño delicioso, [y el despertar una horrible pesadilla.

— ¿No vá usted al Cabañal? le pregunta un amigo.

— ¿Está usted loco? esclama; ¿he de ir por ventura á visitar mi tumba? No, amigo mio, el Cabañal es el panteon de la dicha. No hay animacion, no hay movimiento ni nada que halague al hombre. Esa mentida libertad que dicen los antiguos se goza, existe solo en sus cabezas. Las mugeres huyen del trato, como de una planta ponzoñosa: la noche es la soledad del desierto, y el día, ¡oh! el día es allí insufrible. Con un sol abrasador que se desploma sobre aquellas miserables chozas, con una gente agreste, se ve uno reducido á no salir de casa. Sin fondas, sin cafés, donde pueda matarse el fastidio, queda uno reducido á vegetar solo. Los amigos van á la capital ó se encastillan en casa de algun deudo.... Las reuniones quedan reducidas á dos ó tres familias entregadas á las labores domésticas. La temporada es, en suma, lo mas insoportable. ¡Oh! no seré yo el que abandone la capital por ese miserable villorrio. Hartas veces he pasado la temporada del Cabañal maldiciendo hasta el pensamiento que tuve de que iba á disfrutar goces sin cuento. Confieso que he sufrido un chasco bien solemne cuando me pintaban con tan brillante colorido esa permanente primavera de la vida. Henchido el corazon de esperanza, me prometia dias de cumplida ventura; creia, en fin, que el amor era el Dios que presidia

aquel espléndido banquete de la vida, cuando me he convencido que en tan abominable morada reina tan solo el aislamiento y la soledad.

Tal es este jóven que, entregado á quiméricos deseos, ve frustrada su esperanza por una triste realidad, justo castigo impuesto á su poca reflexion. El árbol de la vida necesita, para dar sabroso fruto, una mano hábil que corte á tiempo sus ramas para que crezca lozano y frondoso.

Concluamos este cuadro con una reflexion general, que abarque, si es posible, cuanto hemos apuntado anteriormente. No negaremos que algunas de las razones alegadas por aquel D. Liborio hayan contribuido de una manera mas ó menos directa á modificar esta costumbre, pero sí á sancionar como dogma, que esto no es aquello. La infancia tanto en el individuo como en la sociedad reúne sus goces propios y peculiares; adelantar es violencia, retroceder aberracion. Sabido es que en esta edad no tienen su verdadero aprecio mas que ciertos juegos infantiles, en perfecta armonía con ella. Modestas las inclinaciones, modestas son las necesidades, y los medios de satisfacerlas. Pero se presenta otra época de la vida, en la cual el hombre se revela y avanza, porque se encuentra en la aptitud necesaria para comprender la inmensidad de satisfacciones con que necesita sustentar su pensamiento, y se ve ligado á un poder superior que le arrastra por tan resbaladiza pendiente. En esta edad, pues, de zozobra y agitacion, goza y padece; pero á través de esta agitacion y este padecimiento puede conseguir lo que desea.

La sociedad camina con precipitado paso hácia su perfeccionamiento á través de frecuentes vaivenes: los inventos son cada vez mayores; el hombre contribuye con todas sus fuerzas á llevar á cabo esta obra de regeneracion. En tal estado las pasiones obran con mayor desarrollo; las necesidades de cada dia son mayores; lo poco le aburre, lo mucho le fatiga. Negar esto seria alimentar un cuerpo robusto con manjares demasiado frugales.

*Francisco Puig y Pascual.*

## A NÉRI.

Si la brisa halagadora  
Que retoza en tus guedejas  
Nunca te lleva las quejas  
De mi amante frenesí,

Es que la brisa te adora  
Y tiene celos de mí.

Si la fuente bullidora  
Que lame tu planta breve  
A retratar no se atreve  
Mis ojos fijos en ti,

Es que la fuente te adora  
Y tiene celos de mí.

Si el avecilla canora  
Que arrulla tu blando sueño  
No te repite, mi dueño,  
Las quejas que al viento dí,

Es porque el ave te adora  
Y tiene celos de mí.

Y si para mas desvelos  
Al aura, al ave y la fuente  
Que mi amor puro y ardiente  
Te digan no les pedí,

Es porque yo tengo celos  
De cuanto te agrada á ti.

*P. G. Cadena.*

## A LA SEÑORA DOÑA M. DE O. Y D. M. T.

EN SU FELIZ ENLACE.

Ayer ante las aras  
 De un sacrosanto templo,  
 Ebrios de amor, hicisteis  
 De amor un juramento  
 Solemne, irrevocable,  
 Que ha sancionado el cielo;  
 Y hoy la nupcial coyunda  
 Ya oprime vuestro cuello,  
 En voluntaria cárcel  
 Quedando prisioneros.  
 ¡Insensatos! ¿qué hicisteis?  
 ¿Por qué en frenesí ciego,  
 Cediendo á las dulzuras  
 Que allá dentro del pecho  
 Entre ilusiones miente  
 Fantástico el deseo,  
 Cediendo á los encantos  
 De una pasión de fuego,  
 Al pie de los altares  
 De Dios el don mas bello,  
 —La libertad— quisisteis  
 Sacrificar. Hoy presos  
 En imprudentes lazos,  
 En vinculos estrechos,  
 ¿Qué sois? tan solo esclavos  
 Y envilecidos siervos.  
 ¿Por qué de mí ¡infelices!  
 Tomar no os plugo ejemplo?  
 ¿De mí, que el albedrío  
 Jamás rendí á los hierros,  
 Y cual las auras libre,  
 Cual mariposa vuelo  
 De la floresta al bosque,  
 Del bosque hasta el otero,  
 Y siempre en vario giro  
 Voy, torno, y cruzo y vuelvo?  
 ¡Soy libre! ¿lo escuchasteis?  
 Libre como el gilguero  
 Que ora sus gayas plumas  
 Contempla en el espejo  
 Con que le brinda el agua,  
 Del plácido arroyuelo,  
 Ora oculto en la selva,  
 Del cazador sin miedo,  
 Sus cánticos exhala  
 Que le devuelve el eco:  
 Libre como los peces  
 Que en rebullir inquieto,  
 Flechas de escama, cruzan  
 Del mar los anchos senos:  
 Libre como la fiera  
 Del africano suelo,  
 Que su melena agita  
 Con ímpetu soberbio  
 Al recorrer, monarca,  
 Los lindes del desierto....  
 ¡Soy libre! ¿lo escuchasteis?

Libre como los vientos  
 Que en el espacio vagan  
 Sin límites ni freno....  
 Mas ¿qué digo? ¡insensato!  
 ¿Cómo, en mi orgullo necio,  
 Cual sin ventura os lloro  
 Y á lástima os condeno,  
 Cuando tan solo el misero  
 Soy yo que os compadezco?  
 Yo, sí, que hora tras hora  
 Y año tras año, el tiempo  
 Veré cual sombra rápida  
 Desparecer ligero,  
 Si venturoso, á solas,  
 Contando en el silencio  
 Los descarnados goces  
 Que no tornarán luego;  
 Si desdichado, á solas  
 Mis lágrimas vertiendo;  
 Sin que la mano amiga  
 Ni el interés sincero  
 De una muger amante  
 Vengan con blando anhelo  
 A dar brillo á los goces  
 O al padecer consuelos.  
 ¡La libertad!.. ¿qué importa  
 La libertad, si seco  
 El corazón no late,  
 De amor bajo el imperio?...  
 ¡Si la cabeza altiva,  
 Al doblegarse al sueño,  
 Tropezará en las tablas  
 Del solitario lecho!..  
 ¡Si los floridos años  
 De juventud risueños,  
 Veré trocarse en páramo  
 Sin flor ni fruto, yermo  
 Al maldecido soplo  
 De prematuro invierno!  
 ¡La libertad! ¿qué vale,  
 Si el corazón, enfermo,  
 Goza no mas en ella  
 La libertad de un muerto?  
 ¿De qué le sirve? ¡ay triste!  
 Su deslumbrante cetro,  
 Si al despertar al cabo,  
 Casi desfalleciendo,  
 Lo arrojará con ira  
 Cien mil pedazos hecho?...  
 ¡Oh! quién me diera, amigos,  
 De vuestra union el peso,  
 Y la eternal coyunda  
 Que en vuestros hombros veo!  
 Parece que alegres  
 Os miro y placenteros,  
 Cruzando de la vida  
 El desigual sendero,

Que á embellecer se aprestan  
 Tal vez caros renuevos,  
 Y que entre amor y risas  
 Al fin llegais al término.  
 ¡Oh! ¡qué de dulces pláticas,  
 Qué de sabrosos juegos,  
 Qué de placeres puros  
 Os guarda (lo preveo!)  
 Y ¡qué de ardientes ansias  
 Amor en sus misterios!...  
 ¡Qué regalados éxtasis!  
 ¡Qué porvenir!... Mas temo  
 Con mi imprudente lábio  
 Rasgar el sacro velo....  
 Ya de mi musa el impetu  
 Reprimo; el lábio sello.

¿Qué importa, pues, que esclavos  
 Vivais y prisioneros,  
 Si son vuestras cadenas  
 De rosas, no de hierro,  
 Y si por grillos brazos  
 Os arrojaís al cuello?  
 ¿Qué importa ser esclavos,  
 Si es el amor el dueño,  
 Y son los lazos flores,  
 Y gloria el vencimiento?  
 Esclavos sois, yo libre:  
 Si acaso el juramento  
 Quereis romper mañana  
 Que ayer sancionó el cielo,  
 Vuestra coyunda dadme:  
 Mi libertad os cedo.

A. Badia.

## PASAGE BÍBLICO.

*Ruth y Noemí.*

Attende lectioni. 1. Tim. 4. 13.

EN tiempo de los Jueces (año del mundo 2708, antes de J. C. 1242) una gran hambre desolaba al pueblo de Israel. Un habitante de Bethleem, nombrado Elimeleck, se marchó al país de Moab con su muger y dos hijos para salvarlos de aquella calamidad; mas el desdichado murió. Noemí, su esposa, vivía viuda con ellos, los cuales casaron en el mismo país. Ruth casó con el de menos edad; mas esta doble union solo duró diez años: las dos jóvenes enviudaron también.

Viéndose Noemí sin marido y sin hijos, les dijo á sus nueras: «Dios ha guardado con su misericordia á la Judea mi patria: yo, pues, me resuelvo á volver. Vosotras podeis vivir con vuestros parientes, que os consolarán en vuestra viudéz, y aun quizás encontrareis nuevos esposos....» Esta idea affligió á las dos jóvenes, que renunciando á un proyecto para ellas afrentoso, juraron no abandonar á Noemí jamás. Enternecida ésta, no podía disimular su llanto; mas no por eso varió de resolucion. Manifestóles la imposibilidad de serles útil; los trabajos que podrian padecer siguiéndola, y que le serian aun mas insoportables que su mismo dolor. Orpha, que así se llamaba la viuda de su hijo mayor, cedió por fin á los ruegos de su suegra; recibió su bendicion, y le dió su último á Dios.

Ruth no quiso seguir el ejemplo de Orpha: echóse á los pies de Noemí, se los abrazó, y la suplicó que ella no la dejaria ir sola. Jamás se ha visto tanta terneza, mas religioso amor. Jamás la elocuencia pudo hablar mas persuasiva al corazón; el alma estaba en sus labios. Noemí no queria consentir en ello; Ruth, llorando, se dejó caer sobre su seno, y abrazándola y besándola, «¿No sois vos mi madre? le decia. ¿Puedo dejar de ir allá donde marcheis? ¿podreis vos misma abandonarme? ¡Oh, mi buena Noemí! permitid que os siga, que yo

viva donde vos; vuestro pueblo será el mio, vuestro Dios será mi Dios.... Yo moriré donde termineis vuestros dias, y la muerte, sola la muerte me separará de vos."

Estas palabras las pronunció Ruth con tal vehemencia, que Noemí no pudo ya resistirse; la abrazó, y permitió que la siguiera esta amable jóven, partiendo las dos para Bethleem. Llegaron precisamente en la estacion de la siega; y como estaban tan pobres, y era preciso atender al cuidado de Noemí, la pidió Ruth permiso para espigar en cualquier campo vecino. Pero ¡oh Providencia! acertó á hacerlo en uno perteneciente á un pariente de Elimeleck, esposo de Noemí, y cuyo nombre era Booz. Informado éste por sus segadores de la actividad de la espigadora, entró en deseos de verla, y aun mandó que dejasen adrede espigas para que ella las tomara, acogiéndola con bondad y delicadeza, y convidándola á comer con sus hijas.

Al volver Ruth de su penosa tarea, contó á Noemí la generosa acogida del propietario del campo, y el interés que mostró por ella, diciéndola que se llamaba Booz. Noemí le dijo que Booz era pariente por parte de su marido, y que si ella queria aun podia ser su esposa. Ruth lo dejó todo á la discrecion de Noemí, la cual la unió á su pariente Booz. Dios bendijo esta alianza, y Ruth fue madre. Noemí educó al jóven Obed, que fue padre de Isaac, abuelo del rey David.

Ruth era moabita, y nacida de padres idólatras; pero sus virtudes y piedad filial la hicieron merecer el honor inefable de figurar en la genealogía del Salvador.

Si los padres son la imágen de Dios sobre la tierra, los hijos respetuosos son el ornato y gloria de ellos, recibiendo de su justicia el premio de su filial amor. — *J. Ó.*

## UN MISTERIO \*.

### II.

#### *Noche de congojas.*

**H**ABIA concluido el baile, y los últimos carruages salian del patio del palacio; numerosos criados recorrían los salones, apagaban las luces, cerraban las ventanas, y devolvían por último á aquella hermosa morada la calma y el silencio que tan bien le sentaban. Porque, á escepcion de los dias en que la reina Hortensia abría sus salones á la turba de cortesanos que se agolpaban á ellos, aquel encantador palacio, verdadero oasis rodeado todo de magníficos árboles, sepultado, digámoslo así, entre flores, aislado de la ciudad en medio de la ciudad misma, era un retiro sencillo y tranquilo, donde la amable soberana pasaba dias serenos y felices, en la intimidad de algunos verdaderos amigos, que olvidaban á la soberana para no ver ni amar en ella sino á la mas amable y mejor de las mugeres. Tres gentiles-hombres y algunas damas de honor componían la pequeña córte de la reina, y entre estas últimas, la que Hortensia honraba con su precioso afecto era, sin duda, la mariscala de A....

\* Véase el número anterior.

La bella Estefanía, hija de un rico banquero de París, se había casado muy jóven con el duque de A..., á quien había llevado en dote la mas brillante fortuna. Este matrimonio se había hecho por el deseo, ó mas bien por órden espresa del emperador, que cuidaba muy particularmente de la felicidad de sus grandes oficiales, y que á las cajas de los banqueros del imperio pedia riquezas para los que colmaba de títulos y honores. Pero este matrimonio, como la mayor parte de aquellos en que solo se consulta el interés y la conveniencia, estaba muy lejos de ser feliz; pues el duque salido de la plebe, primero soldado, ascendido luego á oficial por su valor, despues á coronel, y general, en fin, de resultas de numerosas acciones brillantes, conservaba en su trato interior las formas bruscas y vulgares, el tono de cuartel y de mando, que debian asustar desde luego, y ofender despues vivamente, una organizacion tan delicada como la de su jóven esposa.

Estefanía, educada en medio de un mundo brillante atraído por la riqueza de su padre, acostumbrada desde su infancia á todas las delicadezas de una vida elegante y escogida, con el corazon mas amante y mas impresionable, querida de su familia que le prodigaba sus afectuosos cuidados, no podia simpatizar con el natural brusco del general. Deslumbrada un momento con el título de duquesa, que le dió el emperador como regalo de boda, no tardó en penetrar el triste porvenir que le reservaba su union; mas otra nueva desgracia le esperaba todavia. El duque conocia su inferioridad con respecto á su muger, y conocia tambien demasiado su desvío, á pesar del ardiente amor que le inspiraba, y se llenó de celos; aumentando sus temores y tormentos sus frecuentes ausencias de París, y las guerras que lo separaban continuamente de ella. Esto daba lugar á continuas injusticias, cada dia mas crueles para la pobre duquesa, por la insoportable rudeza de su marido.

Estefanía había sido nombrada dama de honor de la reina de Holanda á petición del mariscal, porque preferia verla en aquella especie de domesticidad real, á dejarla sola en su casa entregada á sí misma, ó mas bien á todas las seducciones á que sus atractivos y aislamiento no podian dejar de esponerla. Mas el duque había errado su cálculo, pues nada hay mas peligroso para una muger jóven que esas reuniones íntimas, en que se vive continuamente en sociedad, en que los placeres se disfrutan en comun, en que son mútuas todas las emociones, y en que se introduce el amor insensiblemente, incógnito, y bajo el benigno manto de la amistad. Por esto son los viajes, el campo y los baños termales, los tres mas temibles escollos de la felicidad conyugal; sin que por esto dejen los maridos de hacer viajar á su mugeres, pues la salud de estas señoras es tan delicada, que les serán siempre indispensables el campo ó los baños.

En la sociedad particular de la reina, y entre el corto número de amigos íntimos que la componian, fue donde vió la duquesa al jóven estrangero que se nos apareció en la primera parte de esta historia. Ambos jóvenes, ambos con un corazon amante, y que aun no había amado, contrajeron pronto una intimidad tanto mas ardiente, tanto mas fuerte y apasionada, cuanto la veian rodeada de obstáculos y peligros; pues el mariscal, desde todos los ángulos de Europa que recorria con nuestros egércitos victoriosos, tenia fija la vista en su jóven esposa, y la dejaba muchas veces atónita, mostrándosele sabedor de sus mas sencillas y secretas acciones. Un punto importante, sin embargo, se había escapado hasta entonces á las investigaciones de este temible marido, y era el

punto mas esencial de todos, á saber; el amor de su muger á otro hombre; cosa que nadie estrañará, mirando en derredor suyo.

Entre los hombres mas perspicaces; entre los mas distinguidos por su mérito é inteligencia; entre los mas diestros políticos; entre los profundos diplomáticos, existe una especie de oftalmia moral, que les encubre las traiciones de lo interior de su casa, y alguno que suele adivinar, por el mas pequeño indicio, la perfidia ó proyectos hostiles de sus adversarios; no ve en su propia casa lo que todo el mundo ve por él, y al rededor de él. Ceguedad dichosa, que evita tantos escándalos, tantas desgracias irreparables, despues que un falso espíritu religioso ha hecho borrar de nuestro inmortal código una de las leyes mas sábias, mas útiles y mas equitativas; el divorcio.

Una luna clara y brillante derramaba su luz sobre los verdes árboles y plantas del jardín del palacio: un silencio absoluto, interrumpido únicamente por los mil chillidos de los insectos, por el murmullo del agua sobre los mármoles de las fuentes, habia sucedido al alegre tumulto del festin, y una ronda de criados vigilantes recorria el jardín á pasos lentos.

— Pedro, dijo uno de ellos que parecia ser el gefe, ¿no has oido pasos por este lado?

— ¿Y quién diablo quieres que ande por el jardín á las dos de la mañana?... respondió Pedro. Los convidados al baile no son ladrones, para que ninguno se haya introducido en los bosquecillos.

Pedro y sus camaradas, con su farol en la mano, pasaban en este momento por junto á un bosquecillo tan espeso, tan cerrado, que el ojo mas diestro no hubiera podido penetrar en él, mas en cuyo fondo habia un corazon tan violentamente agitado, que hubieran podido oir sus latidos; la ronda, sin embargo, pasó adelante, sin apercibirse del misterioso huésped que en él se ocultaba.

Odoardo, que es el nombre del jóven estrangero, despues de haber encargado á un criado de confianza que despidiera su coche, aprovechando el movimiento que producía la salida de las gentes del baile, se habia dirigido hácia los invernáculos que comunicaban con los salones, y marchando al abrigo de las espesas sombras de las calles de árboles, habia llegado al bosquecillo, donde por poco lo sorprenden los vigilantes criados. Allí permaneció largo rato, oyendo sus pasos sobre la arena, el lejano murmullo de su conversacion en voz baja.... hasta que todo quedó en silencio, y Odoardo salió de su escondite, y tomando el costado de la calle que dejaba oscuro la luna, llegó hasta un lindo prado descubierto, en cuyo centro se elevaba un elegante pabellon, construido á la italiana. A este pabellon se llegaba por un camino enarenado que atravesaba el prado hasta una escalinata con balaustres dorados, que daba entrada á la puerta principal, y sus persianas verdes destacándose sobre el color de rosa, de que estaban pintadas las paredes, le hacian parecer uno de esos preciosos juguetes de niños, tan inverosímiles por su forma como por su color. Era un capricho de la reina, y por esto se llamaba así aquella encantadora casita: *el Capricho*.

Acababan de dar las dos en el reloj del palacio, que era el instante tan vivamente esperado, y tan ardientemente deseado por Odoardo, el cual despues de haber mirado en torno suyo con inquietud y prudencia; despues de apreciar cuantos ruidos se oian en el espacio, esas pequeñas armonías de la naturaleza, música encantadora de las hermosas noches de primavera, se disponia á salir

de la sombra que lo cubria, y á atravesar el luminoso círculo, en cuyo centro se elevaba *el Capricho*. La noche era tan serena, que pudo distinguir los ligeros pasos de una persona que bajaba por la escalera interior del pabellon, dirigiéndose á la puerta de entrada, y entonces atravesó el prado de un solo brinco; mas cuando iba ya á subir los escalones de la gradería, oyó claramente venir á alguno hácia *el Capricho* por la calle cubierta que hasta entonces le habia servido de abrigo. El suelo batido con fuerza por un pie muy pesado, y que no disimulaba su marcha; cierto murmullo sordo; algunas palabras pronunciadas por intervalos con profundo acento de cólera, todo esto resonó en el corazon de Odoardo, como signo de dolor y de espanto.

El que venia se iba acercando, é iba ya á doblar la esquina de la calle que lo colocaba en frente del pabellon, y á descubrir á Odoardo inundado de luz en aquel momento, de forma que el jóven se precipitó con viveza hácia uno de los costados de la casa; y ocultándose con la sombra de ella, se metió entre unos jazmines, desde donde podia ver sin ser descubierto. El mariscal de A... que era el que venia, subió pesadamente las gradas de la escalinata, en el mismo momento en que se abria la puerta para otro huésped muy diverso, y un grito que salió de lo interior dió á conocer á Odoardo la estrema sorpresa de la persona que salia á recibirlo á él, al encontrarse con el mariscal.

— ¿Me esperabais, segun veo? dijo el duque con tono brusco á la criada de confianza de la duquesa, que pálida y trémula, apenas podia creer lo que veia.

— No, monseñor... respondió ella, procurando ocultar su turbacion; no podia dormir con esta noche tan calorosa, y bajaba á respirar el aire en los jardines.... pero la señora duquesa se alegrará mucho de volver á ver tan pronto al señor duque.

Y sin darle tiempo á responder, subió precipitadamente por la escalera que conducia al primer piso, gritando:

— ¡Señora duquesa, es el señor duque que nos viene á sorprender! ¡Qué fortuna, que la señora haya estado hasta tan tarde en el baile!... Con eso el señor duque podrá verla todavía con su hermoso tocado.

— Marchaos... le dijo el duque á la criada, entrando detrás de ella en el gabinete en que la duquesa esperaba á Odoardo.

El jóven habia conocido que era el duque quien lo reemplazaba en aquella tan ansiada cita; sabia bien cuánto temia la duquesa á su marido, porque la pobre señora le habia contado cien veces con lágrimas en los ojos los malos modos y crueles proceder de que era víctima, y por lo tanto las venidas del mariscal, siempre de antemano anunciadas, eran para los dos amantes objeto eterno de terror y desesperacion. Mas otra muy diversa pena vino muy pronto á atravesar el corazon del pobre amante, como un aguzado puñal. El mariscal estaba enamorado de su muger; idea que en sí sola contenia un drama íntimo, terrible, y lleno de desesperacion; porque ¿qué hombre jóven, enamorado, y que se haya creado un ídolo de la que adora, no habrá sufrido horribles tormentos, colocado en la situacion en que se hallaba Odoardo? ¡Estar locamente celoso de una muger! ¡hallarse dispuesto á arriesgar su vida por disputar el menor favor suyo á un rival, y saber que está sola y sin defensa con uno á quien la ley concede absoluto poder sobre ella!... Muchos lectores me comprenderán, y en la siguiente escena encontrarán las penosas emociones que han experimentado en sí mismos. (Se continuará.)

## REVISTA SEMANAL.

## HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

La salida del emperador de Viena, ora fuese motivada por el temor, ora un ardid político, produjo un cambio notable en los ánimos é ideas de los pueblos del imperio. Desde su llegada á Inspruck todo eran agasajos y demostraciones de alegría por parte de los tiroleses, llegando continuamente diputaciones afectuosas y mensajes tiernos de las provincias que poco antes se le habian mostrado indiferentes ú hostiles. Los húngaros, bohemos, los stirios, los que antes se habian emancipado del Austria, ó se negaban á seguir formando parte del imperio, todos le rogaban ahora que se fuese á vivir entre ellos; todos protestaban que no hallaria allí sino corazones llenos de lealtad, amor y entusiasmo hácia su imperial persona. Los diputados austriacos de la asamblea alemana de Francfort le pedian encarecidamente se dignase regresar á Viena, á fin de volver la tranquilidad y el sosiego á sus leales súbditos, que se consideraban como huérfanos y desconsolados sin la presencia de su emperador. El mismo ayuntamiento de la capital, la guardia nacional, todas las corporaciones de Viena se apresuraban á manifestar al emperador la profunda afliccion en que los habia dejado su inesperada marcha; hacíanle mil protestas de ilimitada adhesion, mostrándose dispuestos á hacer por su persona todo género de sacrificios, y concluyendo por suplicarle se dignase volver á la capital.

Este cambio repentino de parte de los pueblos minoró algun tanto en el ánimo del emperador sus intentos de acordar mayores garantías y libertades que las que hasta entonces habia concedido, contestando á las reclamaciones de sus súbditos con el siguiente manifiesto.

«Habiéndome dado los acontecimientos del 15 en Viena el triste convencimiento de que una faccion anárquica, apoyándose así en la legion académica, estraviada en gran parte por extranjeros, como en ciertas fracciones de la clase baja y de los guardias nacionales que han olvidado todo sentimiento de fidelidad, queria quitarme la libertad de obrar, para dominar así las provincias á quienes estas pretensiones aisladas han irritado, lo mismo que á algunos leales habitantes de mi residencia; no me quedaba otra eleccion que, ó salir de aquella crisis con la fiel guarnicion, empleando la fuerza en caso necesario, ó retirarme por el momento silenciosamente á una de mis provincias, que por fortuna siempre me han sido fieles. La eleccion no podia ser dudosa.

«Me decidí por la alternativa pacífica, y tomé el camino del pais de la montaña, siempre fiel, y donde al mismo tiempo me acercaba al ejército que combate con tanto valor por la patria. Lejos de mí el pensamiento de recoger las concesiones que he hecho á mi pueblo en el mes de Marzo y sus consecuencias naturales, ni aun el de disminuirlas. Al contrario, siempre estoy pronto á escuchar los deseos razonables de mis pueblos, manifestados por las vias legales, y á tener en cuenta los intereses nacionales y de las provincias.

«Pero será preciso que tengan un carácter general, que sean manifestados en términos legales, acordados por la dieta y sometidos á mi sancion, y de ninguna manera arrancados á mano armada por algunos individuos sin mision. Hé aquí lo que he querido decir á mis pueblos, á quienes tanto ha inquietado mi salida de Viena, para calmarlos y recordarles como en mi solicitud paternal he estado siempre pronto á recibir aun á aquellos de mis súbditos que se hayan descarriado, cuando quieran unirse á mí. — Inspruck 20 de Mayo de 1848. — Fernando.»

Al propio tiempo escribió al primer ministro baron de Pillersdorff la siguiente carta en consonancia con el manifiesto. — Querido baron de Pillers-

dorff.—«El lugar-teniente feld-mariscal, conde de Hoyos, me ha entregado la comunicacion que con fecha del 17 por la tarde me dirige el ministerio. A ella debo contestar que la ciudad de Viena ha violado de tal modo en estos últimos tiempos la fidelidad de que habia dado tantas pruebas á mí y á mis antecesores, que me he visto obligado á salir de ella, resuelto á no volver hasta estar plenamente convencido de que la animan los mismos leales sentimientos que en otros tiempos.

«El consejo de ministros juzgará de su imprescindible deber, pues así lo creí al partir de Viena, el adoptar todas las medidas que exijan la situacion de la monarquía y la defensa del trono, y que no se interrumpirá el curso regular de los negocios, pues no hay motivo para ello por un cambio momentáneo de residencia.—*Fernando.*»

Y prosiguiendo en desplegar una energía de carácter que contrastaba singularmente con su debilidad anterior, invitó despues al cuerpo diplomático á que fuera á reunirse á Inspruck; dió orden para que se cerrase la universidad de Viena, y mandó disolver la terrible legion académica que tantos sobresaltos le habia dado.

Tanta insistencia de parte del emperador en negarse á los afectuosos ruegos de sus súbditos, junto con la noticia de estas medidas, y con la voz que circuló en Viena el 24 de estar próximos á entrar en la ciudad tres regimientos, comenzó á producir en los vieneses una agitacion, que hacia presagiar lo que aconteció en los dias siguientes.

En la mañana del 25 comunicó el ministerio á la legion académica la orden de disolverse y de entregar las armas. Esta orden fue la señal del motin. Por todas partes levantaron barricadas los estudiantes y obreros. Hubo ya aquel dia un encuentro entre el pueblo y los soldados; pero habiéndose retirado las tropas, pasóse aquel sin nuevas hostilidades. Mas en la mañana del 26 reuniéronse mas numerosos grupos en las cercanías de la universidad, protestando á gritos contra la orden de disolucion de la legion académica comunicada por el conde de Montecúculi. Poco á poco fue tomando la guardia nacional una parte activa en la demostracion.

Las calles y plazas fueron desempedradas, llevando una parte de las piedras á las barricadas, y otra á las ventanas y azoteas de las casas, para contribuir mejor á la defensa. En las barricadas, que se hallaban defendidas por los paisanos, ondeaban algunas banderas blancas, y principalmente la bandera alemana. El Stubewiertel presentaba el aspecto de una serie de fortalezas.

La guardia nacional de caballería recorrió las barricadas, anunciando que subsistiría como antes la legion académica. Los obreros prurumpieron en aclamaciones al recibir la noticia, pero no por eso interrumpieron el trabajo de las barricadas. En las casas próximas á las barricadas, las mugeres se ocupaban en recoger piedras. Varias compañías de la guardia nacional se dirigieron á la Aduana, llevando carteles, en los cuales espresaban sus deseos de que se mantuviera la legion académica. Muchos individuos del pueblo llevaban comida á los defensores de las barricadas. Es admirable el entusiasmo que mostraron las mugeres, unas llevando piedras, y otras animando con sus palabras á los paisanos.

En todas las calles de la ciudad habia por lo menos tres barricadas; para defenderse de las cargas de caballería se obstruyeron los intervalos. En las barricadas habia obreros de todos los barrios con cartelones, en los cuales se leia: *Conservacion de la legion académica.* Estos obreros estaban á las órdenes de los estudiantes y de los ciudadanos, y armados con palos, picas, martillos y hachas. El grito general era: ¡Todo para los ciudadanos y estudiantes de Viena!

El doctor Goldmark, cuyo nombre producía en ellos un efecto eléctrico, fue á prometerles de parte del consejo de ministros, que no se revocarían las concesiones del 15 y 16 de Mayo; que se conservaría la legion académica, y que las tropas volverían á los cuarteles, pero en cambio pidió que se destruyeran las barricadas. No obstante la autoridad del doctor Goldmark, el pueblo y

los estudiantes no quisieron obedecer: los insurgentes dijeron que temian ser engañados, y que no destruirian las barricadas porque tenian noticia de que Windischsgraetz se dirigia á Viena con seis regimientos. Los soldados, que en su mayor parte se hallaban animados en favor del pueblo, se retiraron. La policia se vió obligada á entregar su puesto á la guardia nacional, abandonando las armas.

La universidad presentó un aspecto guerrero, y se fortificó completamente. En una bandera se leian estas palabras: *Queremos que la guarnicion salga de la ciudad antes de veinticuatro horas, y que el ministerio garantice las concesiones hechas en 15 de Mayo.*

La agitacion era espantosa. En el interior de la ciudad se construyeron barricadas con una rapidéz admirable. El pueblo rompió los carteles en que se anunciaban las concesiones hechas por el ministerio. Ya no se contentaban con que se asegurasen las concesiones del 15 de Mayo, con la conservacion de la legion académica y con la salida de las tropas. Los arrabales se mantuvieron tranquilos. Varios grupos de obreros se dirigieron á cortar los ferro-carriles, para impedir la llegada de nuevos regimientos.

A las ocho de la noche se restableció la tranquilidad con la publicacion de una notificacion del ministro Pillersdorff, en que se anunciaba la creacion de un comité de salvacion. A las nueve varios destacamentos de la legion académica y de la guardia nacional, mezclados con un gran número de obreros, se dirigieron á la casa del ministro, y despues de darle una magnífica serenata, prorumpieron en vivas al emperador y al ministro. Despues los obreros empezaron á destruir las barricadas, esperando que en lo restante del dia se restablecerian todas las comunicaciones.

De resultas de estos sucesos se formó un *comité de seguridad pública* compuesto de paisanos, guardias nacionales y estudiantes, y el ministerio publicó el notable manifiesto siguiente:

«El consejo de ministros reconoce las circunstancias que han acarreado la necesidad de una comision de paisanos, de guardias nacionales y de estudiantes, para que cuide del órden y seguridad de la capital, defienda los derechos del pueblo, y apruebe la resolucion adoptada por el comité el 26 del corriente. Las puertas de la ciudad serán ocupadas esclusivamente por la guardia nacional y de paisanos, y por la legion académica y la tropa. La guardia del ministerio de la guerra la dará la tropa. No quedarán en Viena mas soldados que los estrictamente necesarios para el servicio, saliendo los restantes á la posible brevedad. El ministro declara por último que continuará en su puesto hasta que S. M. le mande retirarse, ó no pueda tomar medidas con entera seguridad y salir responsable de su egecucion.»

Este manifiesto contribuyó por entonces á restablecer el órden y la tranquilidad.

Tambien el 15 fue un dia aciago para Nápoles. Los diputados del partido liberal mas avanzado habian acordado pedir al rey: 1.º Que la guarnicion de Nápoles fuese enviada á Lombardia. 2.º Que los fuertes se confiasen á la guardia nacional. 3.º Que la cámara de los pares fuese disuelta. Estas proposiciones fueron presentadas al rey; mas la guardia nacional, ó porque no esperara una favorable resolucion, ó porque no tuviera paciencia para esperarla, comenzó á levantar barricadas en la calle de Toledo y sus adyacentes, y á disparar algunos tiros, de que resultaron un oficial y un soldado muertos. Entonces las tropas salieron de sus cuarteles, y se empeñó entre ellas y la guardia nacional un combate sangriento que duró todo el dia, dando por resultado el triunfo de las tropas, las cuales fueron tomando todas las barricadas, así como las casas ocupadas por los nacionales, haciendo muchos prisioneros. Numerosas patrullas de infantería y de caballería recorrian despues la ciudad. Los palacios de Licto y Gravina, en la calle de Toledo y en Monteolivete, habian sido incendiados, con algunos otros edificios. Añádese que algunas balas penetraron hasta la misma estancia del rey.

De sus resultas hizo S. M. llamar al señor Cariaty, y le nombró presidente del consejo de ministros, encargándole la formacion de un nuevo gabinete.

La liga italiana continuó progresando. Reggio, Brescia y Placencia se unieron al Piamonte, y los ducados de Parma y Modena manifestaban conatos para ello. Carlos Alberto, al frente de su valiente ejército batía á los austriacos en Pastrengo y Bussolengo, aproximándose hasta los atrincheramientos de la fuerte plaza de Verona con objeto de atraer al enemigo y presentarle la batalla, pero el experimentado mariscal Radetzki esquivó el pelear, guardando sus posiciones bajo el cañon de la plaza. La tentativa que la escuadrilla austriaca probó contra Venecia no tuvo efecto, y los buques del Austria tuvieron que retirarse avergonzados. Los piamonteses, por su parte, continuaban con gran fervor sus preparativos para el sitio de Peschiera.

También en Berlin hubo su *demonstracion*, ó llámese pronunciamiento pacífico, el 12, 13 y 14, pidiendo: 1.º Que el príncipe de Prusia no volviera si no era llamado por la asamblea constitucional. 2.º Que los ministros que rehusaren el dar esta garantía dimitiesen sus cargos: consultado con el rey y sus ministros se contentaron los deseos del *pueblo*, que pareció quedar muy satisfecho.

El sumo pontífice veía su corazon desgarrado con los infortunios que aquejaban al mundo y á Roma especialmente. Mensajero de paz queria evitar la guerra á toda costa, empero los alborotadores romanos, mas afeminados que guerreros, le impusieron, por medio de una *demonstracion popular*, al ministro Mamiani, decidido partidario de la guerra. Pio IX tuvo que plegarse á las exigencias del tribuno Ciceruacchio y sus satélites, por no ver perdida y hollada su dignidad y su poder.

En la madrugada del 7 algunos alborotadores de profesion, secundados por algunos pocos soldados del regimiento de España, infieles á sus juramentos y á sus banderas, trataron de perturbar la tranquilidad pública de Madrid, echando abajo al gobierno constituido; empero lo restante de la heroica guarnicion, como avergonzada de la grave falta de sus compañeros de armas, castigaron con pronta mano tamaña rebelion, restableciendo el orden amenazado, y haciendo prodigios de valor, distinguiéndose particularmente el brigadier Lersundi, aunque deplorando el asesinato cometido con el capitán general de Madrid D. José Fulgoso.

Las partidas levantadas contra el gobierno en la provincia de Valencia, capitaneadas por el médico Masip hácia la parte de Segorbe, de Ferrer en los montes de Chiva y Buñol, y Sendra por Gandía, Pego y Valle de Albaida fueron deshechas, dispersadas, y sus cabecillas forzados á huir ó esconderse á causa de la incesante y bien dirigida persecucion que se hizo por las tropas de este distrito militar, al mando de los generales Armero y Boiguez. La última de las tres partidas llegó á tener un número asáz considerable de afiliados por el grito que la precedía de supresion de la contribucion de consumos, que encontró eco en muchas ó casi todas las poblaciones por donde pasaban.

También en Sevilla ocurrió en la noche del 13 una sublevacion militar compuesta de parte de los regimientos de Guadalajara y el Infante, en la que tomaron parte unos pocos paisanos, dirigida por el comandante Portal, batiéndose largo tiempo por las calles; empero el arrojo, bizarría y acertadas disposiciones del general D. Ricardo Schelly, les obligó á salir de la ciudad, persiguiéndoles en su retirada hasta que se refugiaron en el vecino reino de Portugal donde fueron desarmados.

De resultas de esta sublevacion, creyéndose complicado en ella al embajador de Inglaterra, Mr. Bulwer, el gobierno le espidió los pasaportes, el cual salió el 18 para su país. El gobierno español, para dar una prueba al gobierno de la Gran-Bretaña de las fuertes razones y justos motivos que le asistían para tomar medida semejante, envió al conde de Mirasol para que le informase detalladamente de todas las causas que le sirvieron de fundamento para tomar tan importante determinacion, instruyendo al mismo tiempo un expediente

sobre los hechos que le motivaron. Este suceso, llevado al parlamento, fue ocasion de grandes ataques contra lord Palmerston y su política. En estos debates se pasó el mes de Mayo, tan fecundo en graves acontecimientos, prelu-diando la continuacion para el siguiente.

20 JUNIO. Al mismo tiempo que las convulsiones políticas agitaban á casi todos los estados de Europa, los diferentes estados de *Alemania* se coligaban para resucitar el antiguo imperio, y al efecto, la asamblea general de los estados reunida en Francfort nombraba un poder central provisional para todos los asuntos comunes á toda la nacion alemana, interin se deliberaba y creaba definitivamente un poder gubernamental para toda ella.

El nombramiento de vicario del imperio, porque tal fue el título que se dió al nuevo gefe, recayó en el archiduque Juan, hermano del emperador de Austria.

La guerra continuaba en *Italia* con furor: Vicenza habia sido tomada por los austriacos, obligando á la guarnicion, compuesta del egército papal al mando de Durando, á no tomar las armas en tres meses; pero en cambio habia sido ocupada por los piemonteses la importante fortaleza de Peschiera, despues de una obstinada resistencia de las tropas de Radetzki. En este estado se abrieron negociaciones para el restablecimiento de la paz, pero fueron tales las exigencias del Austria que tuvieron al fin que romperse definitivamente. Pedia ésta que el reino de Lombardía se hiciese cargo de cien millones de florines (unos mil millones de reales) de la deuda del imperio, y que el estado veneciano formase parte de la monarquía imperial. Lejos de aceptar estas condiciones, el gobierno provisional de Milan reclamó la cesion del Tirol italiano. Las instrucciones dadas al nuncio del papa, monseñor Morichini, que habia prometido la intervencion de la santa sede, prescribian á este prelado pedir la evacuacion completa del reino Lombardo-Veneto. No habiendo querido admitir estas condiciones la corte de Austria, se dieron órdenes para que se activaran vigorosamente las operaciones contra Venecia.

La culta capital de Francia, ese emporio de la civilizacion moderna, volvió á ser teatro de sangrientas y terribles escenas, que sembrando el luto y la desolacion en millares de familias, convirtieron al alegre, al bullicioso París en un campo de batalla, y mas tarde en un páramo sombrío, triste egemplo de revoluciones intestinas.

Quientos ó seiscientos obreros se presentaron el dia 22 en el Luxemburgo á fin de hablar al poder egecutivo; pero no habiendo sido acogidos los deseos y propuestas de los delegados, se dividieron en diferentes grupos que empezaron á recorrer muchos barrios, profiriendo voces contra la comision egecutiva, contra el gobierno, y contra la asamblea nacional. Dirigiéronse hácia este punto algunos piquetes de dragones con objeto de disolver los grupos que se decia iban á presentar sus reclamaciones á la asamblea, mas sin duda debieron variar de resolucion, porque la tropa no pudo dar con ellos.

A la mañana siguiente, dia 23, estalló la rebelion en distintos puntos, y los revolucionarios comenzaron en silencio á levantar barricadas y apoderarse de las casas inmediatas, á prepararse, en fin, para una lucha terrible y fratricida. El poder egecutivo, aunque bastante tarde, principió entonces á tomar medidas y dictar resoluciones; el tambor llamaba por todas partes á las armas á la guardia nacional, y la tropa de línea, la guardia movilizada, la nueva guardia republicana, caballería, artillería, todo el egército, en fin, se puso al instante en movimiento. A las once de la mañana se habia generalizado la insurreccion en todo París, y levantado barricadas en muchos puntos, obligando á trabajar en ellas á todos los transeuntes. Hasta el medio dia no se advirtieron síntomas de atacar á los revolucionarios; pero á dicha hora empezaron á llegar destacamentos de la guardia nacional que fueron recibidos á tiros por los que defendian las barricadas. Trabáronse sangrientos combates en las puertas de Saint-Martin y Saint-Denis, en las inmediaciones del cuartel del arrabal Poissonniere, en el Petit-Pont, en el puente de San Miguel, en

el barrio Latino y el de San Antonio. A la una de la tarde, cuando el general Lamoriciere con respetables fuerzas de infantería, caballería y artillería llegó á la puerta de Saint-Denis, ya los guardias nacionales habian tomado la barricada de aquel punto, no sin pérdidas numerosas por ambas partes, contándose entre ellas la de algunas mugeres. En la plaza de Lafayette ocurrió uno de los mas terribles encuentros, durando la lucha mas de hora y media con el mayor encarnizamiento. Mas de doscientos guardias nacionales movilizados quedaron fuera de combate, y la plaza cubierta de cadáveres. Los revolucionarios fueron vencidos al fin, y los certeros tiros de la artillería los obligaron á replegarse hácia la Villette. A las tres se formó en la plaza Dauphine una columna de unos quinientos sublevados al mando de un personaje de edad, muy conocido en el barrio, y que habia organizado el movimiento de 15 de Mayo, y se dirigieron á la asamblea nacional gritando: *Viva la república democrática y social*; pero estas fuerzas fueron alcanzadas y dispersadas por la guardia nacional. A las cuatro de la tarde el ruido de las campanas de san Severino tocando á rebato, se mezclaba con el de la fusilería y el estampido del cañon; multitud de establecimientos se hallaban convertidos en tiendas de campaña, y estaban llenos de muertos y heridos. El general Cavaignac, acompañado de Mr. Causidiere y seguido de un numeroso estado mayor y de un escuadron de lanceros, recorría los boulevards, siendo saludado en todas partes con las mas vivas aclamaciones. Mr. Arago, miembro de la comision del poder egecutivo, salió del palacio de Luxemburgo al frente de fuertes destacamentos de guardia nacional, tropa de línea y dos piezas de artillería, con cuyas fuerzas se presentó delante de la barricada de la calle Neuve-Soufflot, y habiendo insinuado á los sublevados que la abandonasen, fue acogida la proposicion; pero cuando los soldados y nacionales estaban terminando de demoler las barricadas, fueron envueltos en un nutrido y mortífero fuego que salia de todas las casas inmediatas. Dióse en seguida órden de atacarlas, y muy pronto se apoderaron de ellas las fuerzas que acompañaban á Mr. Arago, aunque con la pérdida de muchos muertos y heridos. Las barricadas de las calles de Mathurins, Santiago, y de Poirées fueron destruidas á cañonazos, con pérdida de mucha gente, especialmente en la de la calle de la Harpe.

Mr. Clemente Thomas fue herido en un muslo, igualmente que el general Bedeau. Tambien fueron heridos el coronel de la guardia republicana y Mr. Dornes, representante del pueblo y redactor del *Nacional*. Veíanse defendiendo las barricadas algunos individuos de la antigua guardia republicana; al contrario de los de la moderna que defendiendo la causa del órden sufrieron considerables bajas, particularmente de muertos.

La calle de la Cité, que estaba ocupada desde las diez de la mañana por los insurgentes, fue tomada á las ocho de la noche, despues de haber jugado mucho tiempo la artillería, y de un sostenido fuego de fusilería. A las once de la noche seguía aun bastante encarnizada la lucha en el barrio de la Escuela de Medicina.

El general Cavaignac se presentó en la sesion de aquella noche á la asamblea, anunciando que las tropas leales se habian posesionado ya de los arrabales Poissonniere, Saint-Denis, Saint-Martin y del Temple, no sin haber hallado gran resistencia por parte de los insurgentes, particularmente en el último punto.

A las ocho de la mañana del siguiente día 24 continuaba ésta en los barrios mas separados del centro de la poblacion y en la ribera derecha del Sena, del lado del puente de nuestra Señora, habiendo los sublevados reconstruido, durante la noche, muchas barricadas. A las nueve se oia en diferentes puntos el estampido del cañon, y la guardia nacional, juntamente con la tropa de línea, atacaba por todas partes á los rebeldes que se resistian con estraordinario ardor. A este tiempo empezaban ya á entrar en París los guardias nacionales de las poblaciones inmediatas, y cuyo número, incluso los que fueron llegando despues de mas distantes puntos, ascendia ya en los últimos dias á noventa y un mil hombres.

Luis Miquel y Roca.